

Films de Amour

LA SEÑORA NO QUIERE HIJOS

NÚM
328



Marie Glory
Robert Arnoux

25
CTS



© STEINHOFF, Hans

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería-Barbana, 14 y 16-Barcelona

AÑO VIII

APARECE LOS LUESES

NÚM. 295

* *Madame ne veut pas d'enfant, 1933*
La señora no quiere hijos

Narración de la película del mismo
nombre, según la obra de Clément
Vautel, interpretada por la actriz

MARIE GLORY

G. Billy Wilder y Max Kaelpe
Narración de ALFREDO DARNELL

*st. Novela de
Clément
VAUTEL*

Producción VANDOR FILM

EXCLUSIVAS

CINÆS, S. A.

Vía Layetana, 53 Barcelona

INTERPRETES

Elyane	MARIE GLORY
Doctor Pablo Le Barrois	Robert Arnoux
Tío Próspero	Adrian Le Gallo

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

* *Version alemana "Madame, Wünsch
Keine Kinder" de Steinhoff © von Leane Havel
Serg Alexander, Otto Wallberg, Lucie Mannheim*

PRIMERA PARTE

El joven doctor Pablo de Barrois y su tío Próspero, que había sido para él un verdadero padre, se hallaban cierta mañana en una tienda de juguetes, en París.

El tío Próspero hacía media hora que cargaba juguetes y más juguetes, mientras Pablo Barrois, reclinado en una estantería, le contemplaba con cara de resignación.

—¡Pablo! ¡Pablo!—gritaba el tío—. ¡Míjate en este automóvil, es una maravilla de técnica. ¡Oh! ¡Y este elefante? ¡No te has fijado en él? Señorita, me lo quedo. Y esta silla también.

—Pero, tío—dijo Pablo—, me parece que todo esto es un poco prematuro.

—Nunca es demasiado prematuro,

—Caballero—dijo la vendedora al tío Próspero—. ¿Desea algo más?

—No. Por hoy nada más—dijo él.

—¿Su dirección, señor?

—¡Oh! No es para mí—dijo tío Próspero—. Es para este buen mozo, el feliz padre...

—Doctor Pablo de Barrois, calle Acacias, 37—dijo Pablo de mala gana.

—Mañana por la mañana, se lo mandaremos todo—dijo la vendedora muy amable, pues la factura iba a subir una atrocidad.

—¡Pero, señorita!—exclamó tío Próspero.—¡Mañana, no! Ni pasado mañana, tampoco.

—Entonces, ¿cuándo se lo mando?—exclamó la vendedora perpleja.

—Dentro de nueve meses.

—¿Dentro de nueve meses?—exclamó la vendedora a punto de lanzar una carcajada.

—No se extrañe, señorita—explicó Pablo—, me caso hoy.

Salieron ambos a la calle y tío Próspero sacó de su bolsillo una libreta de notas.

—¿No te has olvidado de nada, Pablo?

—Tío, me parece que no.

—A ver... zapatos de charol, flores, los anillos... no, me parece que no nos descuidamos de nada. A propósito, ¿cómo se ha tomado tu amiga Luisa lo de tu boda?

—No sabe nada—contestó Pablo.

—¿No se has dicho que te casabas?

—Siempre se enterará demasiado pronto.

—Pero, Pablo, ¿es que tú no lees los suce-

sos? ¿Es que descas que a la salida de la iglesia se arme un escándalo?

—Tío, haga el favor, bastantes preocupaciones tengo, sólo me faltaba usted. Luisa es incapaz de hacer tonterías. Es muy sensata, muy tranquila.

—Estás loco. Vamos a ver a Luisa.

Antes de que Pablo tuviese tiempo de protestar, el tío Próspero había hecho señal a un taxi y empujó a Pablo a su interior.

—Tú vas a hacer lo que yo te diga—dijo el tío Próspero. Le cuentas lo que pasa; si la cosa se pone muy mal, me haces una señal con el pañuelo desde el balcón. Entonces yo subiré y lo arreglaré todo.

Habían llegado. Ambos descendieron del auto, y Pablo, que estaba un poco pálido, dijo a su tío:

—Mira cómo me late el corazón. Parece un motor de cuarenta caballos.

—Animo, Pablo. Después de esto, ya podrás ser feliz.

Pablo subió al piso y ella había sido para él una amiga reposada, que le había querido sinceramente y que en más de una ocasión le había ayudado con un buen consejo, sin que nunca le hubiese molestado con complicaciones sentimentales.

Al entrar, la criada pretendió quitarle el abrigo y cogerle el sombrero, pero Pablo se negó a dárselos y le dijo:

—Dígale a la señora, que quiero hablar con ella.

Inmediatamente se oyó la voz de Luisa, que le decía:

—Pablo, ¿eres tú? Entra.

Pablo no tuvo más remedio que decidirse a entrar en el comedor, donde vió a Luisa que acababa de prepararse la mesa para dos personas.

—Hola, querido. Quítate el abrigo. Anda. Justamente hoy te he preparado tu plato favorito. Tortilla de setas.

—¿Tortilla de setas?—dijo Pablo poniendo una cara compungida, pues aquel plato era su debilidad y se sentía sin fuerzas para marcharse.

—Sí. Aprisa. Si no se va a enfriar.

Se sentó Pablo a la mesa pensando horrorizado en su tío que iba a tener que esperarlo largo rato. Mientras comía la tortilla se atrevió a decir:

—Luisa: ¿Qué piensas tú sobre el matrimonio?

—¿Sobre el matrimonio? ¿Yo? Absolutamente nada... Con una vez tuve bastante.

—Te preguntaba, ¿qué piensas sobre el matrimonio en general?

—Nada—contestó Luisa mirándole curiosamente.

—¿Qué dirías si un día... leyeras en un diario... te digo eso como si te diría otra cosa...

si tú leyeras: El señor y la señora Durand tienen el honor de participarle la boda de su hija con...

—¡Ah! Ya comprendo—dijo Luisa sin dejar de comer y sin parecer emocionada en lo más mínimo—, Pablo..., ¿te vas a casar?

—¿Te has creído que me he vuelto loco?—dijo Pablo casi gritando.

—¿Qué día es la boda? — preguntó Luisa tranquilamente.

—Luisa—dijo Pablo implorante.

—Mis más sinceras felicitaciones. Ya sabes que te quiero y por eso deseo tu felicidad. Hazces luz, tendrás tranquilidad, reposo..., tendrás hijos...

—Claro que los tendré.

—Te felicito de todo corazón. ¿Quién es ella?

—Elyane Parizot.

—¿Es inteligente?

—Sí, es elegante, espiritual...

—Espero que saldrá zurcir calcetines; si es así, te espera la felicidad.

En aquel momento se oyeron voces en la puerta. Era el tío Próspero que había visto un pájuelo que se agitaba y que había sacado al balcón la vecina del piso contiguo al que vivía Luisa, y se creyó que Pablo pedía auxilio.

Próspero penetró en la casa y se dirigió resueltamente hacia Pablo.



Una hora más tarde se celebraba la boda...

—Caballero: Haga usted el favor de seguirme—le dijo.

—Veamos—dijo Pablo—, no comprendo.

—Señora, perdóneme usted esta escena en su casa, pero el deber es el deber. Soy policía—y al decir esto, enseñó la placa de su petto que se había escondido tras la solapa.

—Caballero: Sígame sin decir una sola palabra.

Pablo dejó que Próspero se lo llevase y, una vez en la calle, le dijo:

—Oye, pero si yo no he hecho seña ninguna.

—¿Qué dices?

—Que Luisa se ha tomado la noticia muy bien.

—¡Ah! Me alegro. Por cierto que te felicito. Esa mujer está estupenda. Lo que se llama un bocado de cardinal.

En aquel momento un objeto cayó al suelo lanzado desde lo alto, y se oyó la voz de Luisa que decía:

—Policia: Ha perdido usted la chapa.

Pablo y tío Próspero se miraron extrañados y lanzaron a la vez una carcajada, subiendo al taxi.

La mujer pantera

y

Charles Laughton

en la fantasmagórica novela

LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

Pronto en **Ediciones Biblioteca Films**

Precio: UNA peseta.

Pídala antes de que agote a

Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

SEGUNDA PARTE

Una hora más tarde se celebraba la boda de Pablo de Barrois con Elyane Parizot. Esta última era una muchacha espléndida y criada con arreglo a las más modernas reglas en uso. Elyane vivía por y para el deporte. Nada le entusiasmaba tanto como un partido de rugby o fútbol y había conquistado varios campeonos de tenis. Pablo, por el contrario, era un muchacho reposado, estudioso, que había acabado su carrera de médico con unas notas más que buenas y que, en poco tiempo, había logrado alcanzar un justo renombre al frente de su clínica de paericultura.

Terminada la ceremonia religiosa, se celebró un banquete en el que tío Próspero pronunció un sentido discurso, pasando después los novios y los convidados al salón, donde una orquestina no cesaba de tocar fox y blues.

Tío Próspero encontró a Pablo sentado en una butaca y fumando un cigarrillo.

—Feliz mortal, ¿cómo va ese humor?—dijo el tío Próspero.

—Empiezo a cansarme de tanto baile—dijo Pablo—. Todavía no he podido hablar dos palabras con mi mujer.

—Calma, hombre, calma. Ya tendrás tiempo esta noche.

—No te rías, tío Próspero—dijo Pablo furioso—, todavía no he bailado con ella.

—Pues ves a buscarla, hombre, no seas idiota.

Pablo se decidió a ir al encuentro de su mujer y, al cabo de largo rato, pudo dar con ella.

—¿Me permites bailar contigo?—dijo.

—Sí, hombre, ya lo creo—dijo Elyane cogiéndose a él.

—Te advierto que me molesta mucho esa manera de mirarte de casi todos—dijo Pablo, mientras bailaban—. A ese tío, que nos está mirando, le voy a romper las narices de un puñetazo.

—Ve con cuidado — dijo Elyane riendo—. Es un campeón de boxeo.

—¡Ah! Bueno. Entonces quizá le rompa la cara a ese tío con cara de marmota, que te está haciendo signos. ¿Es boxeador también?

—No. Es un gimnasta que se prepara ahora para las próximas Olimpiadas.

Pablo se alejó un momento de Elyane, pues

le llamaba la señora Parizot y, cuando volvió, la encontró bailando con un joven rubio, de aspecto más bien grotesco.

—Me permite, caballero—dijo dirigiéndose al desconocido.

Este le miró de arriba abajo, y después le dijo a Elyane:

—Me parece que este tipo, ni siquiera debe estar invitado.

—Es verdad—dijo Pablo, ni siquiera tengo tarjeta de invitación.

—Pero—exclamó Elyane a quien la situación hacía muchísima gracia—, si es...

—Márchese de aquí, frescales—dijo el joven rubio.

—Adolfo—dijo Elyane—permítame que le presente...

—No tengo ningún interés en conocer a este individuo.

—Pues tendrá usted que conocerle a la fuerza: es mi marido...

—Perdóneme—dijo el joven rubio al comprender que se había colado—. Soy Adolfo Lempour, rey del Tennis. Figúrese que he ido hoy a ver un match de hockey...

—¿Sí?—dijo Elyane interesada—. Apuesto a que los canadienses han ganado una vez más.

—No, hemos hecho match nulo.

—¡Oh! Cuánto siento no haber estado allí—dijo Elyane con los ojos brillantes—. Cuénteme. ¿Quién llevaba el juego?

Pablo Barrois miraba a Elyane sin saber qué determinación tomar, pues tenía unas ganas inmensas de pegar una paliza a aquel majadero.

—Primero, han salido los canadienses...

—Un momento — dijo Elyane y en seguida dijo gritando—. Escuchen:

—Los franceses han empatado con los canadienses. Vengan, Adolfo va a contar cómo se ha desarrollado el partido.

Mientras Adolfo hacía las delicias de los concursantes narrando el match, Pablo se había apartado a un rincón. La señora Parizot, se le acercó y le dijo:

—Pablo, ¿qué hora es?

—Las cinco y media. Falta media hora para salir el tren.

—¡Oh!—exclamó la señora Parizot—, voy a avisar a Elyane.

Elyane tuvo que despedirse de todos rápidamente, y se dirigió al encuentro de Pablo.

—Elyane, vamos a perder el tren.

—No—dijo Elyane mirando a su madre—. No sale hasta dentro de dos horas.

—Te aseguro...

—No asegure nada... — dijo la señora Parizot interviniendo—. Mi hija tiene razón. El tren no sale hasta dentro de dos horas, porque vais a Cannes.

—¿Qué? ¿A Cannes? Sí, vamos a Chamonix...

—No — dijo Elyane—. Vamos a Cannes y después a Niza. Tengo que jugar un campeonato de Tennis. El Club me ha nombrado su representante.

—¡Oh!—dijo Pablo llevándose las manos a la cabeza—. Esto es estropearnos el viaje de bodas.

—Tenemos que ir e iremos—dijo Elyane.

—¿Te apasiona más el tennis que nuestros viajes de bodas?—dijo Pablo sin que obtuviera respuesta. Pues bien: No y mil veces no.

—Pues sí y mil veces sí—dijo la señora Parizot cogiendo a su hija por el brazo y llevándosela hacia sus habitaciones. Antes de llegar a la puerta se volvió y le dijo a Pablo:

—A las siete estaré lista para ir a Cannes.

Pablo contó a tío Próspero lo que le sucedía, pero éste procuró calmarle y a las siete y cuarto se hallaban todos en el salón.

—Pablo—dijo tío Próspero a éste llevándolo aparte—. No debes olvidarte que el fin del matrimonio consiste en tener hijos.

—Puedes estar tranquilo—dijo Pablo sonriente—. Tendré hijos, y el primero se llamará Próspero.

—¿De verdad? ¿Me lo dices de verdad?—exclamó el tío Próspero emocionado.

—Te lo prometo.

—Gracias, Pablo, gracias.

Pablo ayudó a subir las maletas al vagón y,

cuando el tren iba a arrancar, la señora Parizot se le acercó y le dijo:

—Pablo, voy a decirte algo delicado. Mi Elyane, tan bonita, tan delicada, no debe tener hijos...

Pablo se quedó como petrificado.

No dele de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

TERCERA PARTE

Una vez el tren hubo echado a andar y Pablo se vió a solas con su mujer, el malhumor se le desvaneció como por encanto y olvidó las últimas palabras de su suegra.

—¿No estás enfadado, porque vamos a Cannes en vez de ir a Chammounix?—le dijo Elyane, tocándole la cara mimosamente.

—No me importa—dijo Pablo—con tal de que estemos solos.

En aquel momento una cabeza asomó por la puerta del departamento y dijo:

—Cú, cú. ¿Molesto?

—Eso no se pregunta—respondió Pablo furioso al ver a Adolfo cargado de raquetas—, con una cabeza así, se molesta siempre.

—Perdóneme, pero yo voy a Cannes.

—Bien, pero usted no irá con nosotros—dijo Pablo fuera de sí. Se lo prohíbo.

—Pero Pablo—interrumpió Elyane—. Si es mi pareja de tennis en el campeonato.

En aquel momento entró el encargado de los coches-cama y, saludando a Adolfo, le dijo:

—Caballero, su cama está preparada. Es esta de aquí al lado.

Adolfo tuvo que pasar a su departamento y Pablo y Elyane quedaron otra vez solos.

—Adiós—dijo Pablo a Elyane—con objeto de que ella pudiera desnudarse. Hasta luego.

Se besaron y Pablo pasó a su departamento, donde se cambió de ropa, vistiéndose de un pijama. Cuando regresó al departamento de su esposa, la encontró con la puerta abierta y departiendo animadamente con Adolfo, que le contaba las excelencias de su última raqueta.

Pablo se retiró hacia el fondo del vagón y se quedó unos minutos pensativo. Después, como oyera silbar al tren, comprendió que llegarían a una estación, en la que el tren no pararía, pues se trataba de un expreso. Decidido sin embargo a todo, en cuanto divisó la estación, tiró la señal de alarma, deteniéndose en seguida el *cow-boy*.

Pablo se arrojó del tren y se dirigió hacia el Jefe de la Estación que, sorprendido, miraba al tren.

—Perdone, soy yo el responsable—dijo Pablo—. Pagaré lo que sea necesario.

—Le advierto que la multa es de 1.000 francos—dijo el Jefe de la Estación, mientras daba orden al tren de seguir su marcha.

—Aquí los tiene—dijo Pablo que casualmen-



...en el primer departamento que encontraron
saborearon su luna de miel.

te había colocado su cartera en el bolsillo del pijama.

El Jefe del Estado se quedó muy extrañado mirando a Pablo, sin saber si se trataba de una broma.

—¿A qué hora pasará un tren que se dirija a París?

—Dentro de una hora, caballero.

Pablo se puso a pasear por el andén, cuando de pronto vio a su lado una mujer. Voi-

viéndose hacia ella, se quedó asombrado al reconocer a Elyane.

—¿Qué quiere usted de mí?—dijo Pablo recobrando su sangre fría.

—Soy tu mujer y te perteneces — dijo Elyane.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tiraste de la señal de alarma—dijo ella—. No creía que pudieras ser tan enérgico.

—¿Serás ahora más amable? — preguntó Pablo.

—Sí.

—¿Acabarás con ese snobismo del sport?

—Sí.

—Adolfo ya no existe, ¿verdad?

—No.

—Eres encantadora, Elyane. Ahora cogemos un tren que se dirija a París y pasaremos la noche en casa, sin que nadie se entere.

—¿Pero ya sabes que todo está desarmado? Seguramente no tendremos arregladas ni las camas.

—No importa. Ya nos arreglaremos — dijo Pablo abrazándola.

Llegó el tren y en el primer departamento que encontraron saborearon su luna de miel.

Dos horas más tarde se hallaban otra vez en París. Un auto les había dejado en la puerta de su casa.

—¿Tienes cerillas? — preguntó Elyane.

—Sí.

—Están arreglando la electricidad—explicó Elyane—. Todo está a oscuras.

Penetraron en la casa y, a duras penas, pudieron encontrar su habitación que estaba en desorden, pues los pintores todavía no habían terminado de empapelar.

—Los colchones deben estar en la salita de al lado—dijo Elyane. Vamos.

Elyane abrió la puerta de la habitación y Pablo se quedó estupefacto al ver un cuarto sin ningún mueble y de cuyo techo pendían arañas y cuerdas.

—¿Qué significa esto?—preguntó Pablo.

—Es mi cuarto de gimnasia—explicó Elyane satisfecha.

—¿De gimnasia? Hemos quedado en que se acabó el sport. Suprimirás este cuarto.

—No lo suprimiré.

—Lo suprimirás. Será el cuarto de los nenes.

—¿Qué dices? — exclamó Elyane fuera de sí—. Eres un gallina. Sí, señor, un gallina. Tienes miedo a los deportes, porque eres incapaz de practicar ninguno. Me da vergüenza haberme casado contigo.

Pablo miró a su mujer y comprendió que no tenía ninguna solución para calmarle. De pronto, ya decidido, se dirigió hacia la puerta y salió de la casa. Un rato después subía las escaleras de la casa Luisa.

—Señorito: ¿Usted aquí? — dijo la criada

de Luisa al verle en pijama y sabiendo que se había casado aquel mismo día.

—¿Está la señorita Luisa?—preguntó Pablo.

—No, señor. Ha salido—dijo la criada.

—Bien, la esperaré.

Luisa había salido aquella noche con tío Próspero, que después del banquete de bodas aconsejado por el champán que había bebido, fué a hacerle una visita, quedando ambos buenos amigos. A la salida de la Opera, tío Próspero había acompañado a Luisa hasta su casa con el ánimo de quedarse a dormir allí en la puerta.

Al entrar Luisa en su casa se quedó mirando a Pablo, como quien se halla delante de una aparición o de un fantasma.

—¿Tú, aquí? ¿Pero qué significa esto?

—Ya ves.

—Y yo que te creía en el tren... viajando hacia la felicidad...

—Pues he vuelto.

—¿Por qué?

—Por una infinidad de cosas...; primero, por mi mujer...

—Tan encantadora mujer.

—Una equivocación—dijo Pablo hastiado—. Todas las mujeres sois una equivocación. Tú también..., te acabo de dejar y ya me engañas.

—Tenía el derecho de hacerlo—dijo Luisa—y, sin embargo, no lo he hecho. Cuéntame...

—Luisa, tú eres buena, ¿no puedes negarte a darme un consejo?

—Di.

—Mi mujer y yo no nos entendemos: ella sólo piensa en el exotismo y ahora mismo acaba de llamarme gallina..., ¿qué hago?

—Tú eres médico—dijo Luisa—y tratas a muchos niños. Trata a tu mujer como a una niña que es... una niña enferma. Cuanto más grite ella, más tranquilo tienes que estar tú. Debes decirte siempre que sientas que te vas a enfadar: "Calma, Pablo, calma."

—¿Luisa!

—Y ahora vas a dormir tranquilamente.

—Déjame—dijo Pablo implorante...

—No..., hoy debes dormir solo..., Mañana te vestirás elegantemente..., comprarás una ramo de flores para tu mujer y una hermosa caja de bombones y todo se arreglará. Adiós. Buenas noches.

Pablo se estiró encima de un cómodo sofá y durmió de un tirón toda la noche.

CUARTA PARTE

A la mañana siguiente, Elyane llamó por teléfono a su madre, acudiendo enseguida a su casa, y le contó cuanto había sucedido.

—¿No vendrá, mamá, no vendrá?
—decía Elyane asustada.

—No ha de venir. Es una poca vergüenza. Abandonarte así. ¡Pobre hija mía! Ya verás cuando vuelva. Me va a oír.

—Por Dios, mamá.

Al poco rato apareció Pablo con un soberbio ramo de flores y con el aspecto satisfecho.

—Buenos días—dijo sonriendo.

—Oiga — le dijo la señora Parizot—. ¿Quiere usted explicarme su conducta canallasca?

—Espero que su hija habrá tenido la amabilidad de contárselo todo—dijo Pablo muy fino.

—Es verdad. Pero le advierto que aquí no hay timbre de alarma. Le aseguro que a mí no se me escapará. Marcharse el día de la boda...



...y le contó cuanto había sucedido.

había que esperar un poco más, amigo mío...

—Opino que tiene usted toda la razón, mamá política.

—Lo que pasó ayer es escandaloso... — siguió diciendo la señora Parizot sulfurada por la tranquilidad de que daba muestras su yerno.

—Lo mismo opino yo, señora.

—Eso no volverá a reproducirse.

—Opino exactamente igual—dijo Pablo sentándose cómodamente y encendiendo un pitillo.

—¡Gallina! ¡Más que gallina! —gritó Elyane.

—Elyane, querida mía—dijo Pablo—, podrías cambiar de disco, ¿no te parece?

—Sí, ahora te llamaré cobarde.

—Como quieras, hijita, como quieras.

—Bueno, no quiero discutir más —cortó Elyane—, me voy a la sala de gimnasia, ¿me oyes?

—Sí, monada, sí. Me han dicho que las flexiones de piernas son muy sanas, te lo recomiendo.

Elyane miró a su marido, no sabiendo si arañarle o morderle, y después haciéndole un gesto de desprecio que él pareció no ver, se marchó.

La vida de Pablo Barrois, desde aquel día, no puede decirse que fuese muy agradable. Raro era el día que encontraba a su mujer en casa, y cuando la hallaba era peor, pues cuando no jugaba al tenis con Adolfo por los pasillos, jugaba al croquet en el comedor o al ping-pong encima de la mesa.

—Pablo—le dijo un día—. Voy a reformar la casa.

—Como quieras—contestó Pablo temblando interiormente.

—Voy a hacer construir todos los muebles de acero y en estilo cubista.

Aquello era ya demasiado fuerte y Pablo no pudo aguantarlo.

—¿De acero?



...cuando no jugaba al tenis con Adolfo, jugaba al croquet...

—Sí, señor. ¿Qué sucede?

—No lo harás. He pasado por todo, pero eso no lo harás.

—¿Que no? —dijo Elyane contenta—. Ya lo veremos.

Pablo iba a seguir discutiendo, pero se acordó del consejo de Luisa y se dijo a sí mismo: "Calmá, Pablo, calmá."

Bien, Elyane. Tienes razón. Creo que eso es más chic. Seguramente me gustarán los muebles de acero. ¿Qué días los encargas?

La discusión no pudo seguir adelante, pero viendo Pablo que a pesar de su deseo firmísimo de no discutir, su mujer seguía siendo para él una extraña y que no había adelantado nada, se decidió a visitar nuevamente a su amiga.

—Luisa—dijo a ésta una vez se encontró en su presencia—. He probado de seguir el consejo que me diste, pero los resultados son nulos.

—Entonces hay que cambiar de táctica—dijo Luisa pensativa—. Es preciso aplicar los grandes remedios.

—¿Qué se te ocurre?

—Es preciso que pruebes de dar celos a tu mujer. Si ella no se muestra celosa, es que no te quiere y entonces te aconsejo que renuncies a hacértela tuya y te divorcies, si se muestra celosa entonces hemos ganado la partida.

Pero, Luisa—dijo Pablo, a quien aquella idea de su amiga dio hacia una gracia extraordinaria—. ¿Con quién voy a darle celos?

—¡Oh! Muy fácil. Conmigo mismo, si quieres.

—¿Cómo? Tú te prestarías.

—Sí, hombre, sí. Ya sabes que te aprecio y que sólo deseo verte feliz.

—¿Qué buena eres, Luisa! ¿Cuándo pondremos esto en la práctica?

—¿Tu mujer no asiste a los espectáculos deportivos?

—Sí. Casi todas las tardes va a alguno.

—¿Sabes si mañana irá?

—Sí. Hay un match de hockey sobre hielo. Estoy seguro de que asistirá.

—Entonces ya lo tenemos arreglado. Ven a buscarme después de comer e iremos juntos.

A la tarde siguiente, durante la comida, Elyane dijo a su marido:

—¿Supongo que tendrás Clínica esta tarde, como siempre?

—Sí—dijo Pablo haciéndose el distraído.

—Ya me lo suponía. Yo voy al match de hockey, ¿si quieres venir?—preguntó ella irónicamente.

—No, gracias. Esos espectáculos me marean. Antes asistía alguna vez, pero ahora tú asistes por mí. Que te diviertas.

Momentos antes de comenzar el partido, Elyane ya se encontraba en la gradería acompañada de su madre, el tío Próspero y Adolfo.

—¡Mamá, mamá!—exclamó Elyane con voz angustiada—. ¡Allí...

—¿Qué?

—Mira... en la segunda fila, a la derecha.

—Déjame los gemelos—dijo la señora Pariza—. ¿Quién hay?

—Pablo, Pablo con una mujer...

—¿Qué dices?

—Sí, mamá, toma los gemelos.

Elyane se volvió a Adolfo que estaba mirando la salida de los equipos y aplaudía frenéticamente.

—¿Tienes tu revólver?

—No—dijo Adolfo—. Lo he dejado en el auto.

—¡Dame las llaves!—dijo Elyane.

Adolfo le dió las llaves del auto sin dar importancia. Elyane volvió a mirar hacia el sitio donde se hallaba Pablo, pero no vió a nadie.

—Se ha ido. Tío Próspero—dijo Elyane—¿sabe usted dónde vive ella?

Próspero, distraído, le dió la dirección, y Elyane rápidamente se puso en pie y echó a correr en dirección a la salida.

—Dios mío. ¿Dónde va?—exclamó la señora Parizot.

—¡Oh! Tonto de mí. Le he dado la dirección—exclamó tío Próspero. Debemos ir allí. Menos mal que no tiene armas.

—Sí, le he dicho que mi revólver estaba en el auto y le he dejado las llaves—dijo Adolfo.

—¡Imbécil! ¡Imbécil!—dijo la señora Parizot asustadísima—. Tenemos que ir en seguida allí, si no queremos que suceda alguna desgracia.

Elyane, una vez en el auto de Adolfo, se dirigió a la dirección que le había indicado tío Próspero. Una vez allí y antes de bajar del auto, se apoderó del revólver.

—¿La señora?—dijo Elyane una vez en el piso de Luisa.

Pero Luisa se adelantó a su encuentro y le dijo sonriendo:

—Yo misma. ¿Qué desea?



— Créame deje esas armas para los hombres.

—¿Dónde está mi marido?—dijo gritando Elyane, mientras le apuntaba con el revólver.

—Pase usted, haga el favor.

Luisa hizo pasar a Elyane a una salita y le señaló una silla.

—Siéntese, haga el favor.

Digame dónde está mi marido o la mato—gritó con acento melodramático Elyane.

—No grite, por Dios—dijo Luisa—. Se ha olvidado usted de quitar el gatillo. Además me parece que ese revólver está descargado.

—¿Ve usted?

Luisa se había apoderado del revólver y lo puso encima de la mesa, mientras Elyane se quedaba sin saber qué hacer.

—Créame, deje esas armas para los hombres..., si es necesario, se puede una pelear, pero sin revólver.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta de entrada y Elyane se volvió asustada.

—No se apure. Me parece que es su marido. Mientras he tenido mucho gusto en conocer a su mujer. Me parece usted muy simpática. Se lo aseguro.

Entró Pablo que parecía muy satisfecho y después de saludar a Luisa, se sentó tranquilamente en una butaca.

—Pablo — dijo Elyane—creí que me engañabas.

—Cuando un hombre engaña a una mujer o la quiere engañar..., es que busca en otro lado lo que no tiene en casa..., un poco de tranquilidad..., un poco de bienestar..., y, a menudo, un par de zapatillas.

—¡Oh!, Pablo. Tienes razón.

En eso se oyeron grandes golpes asestados a la puerta y todos se dirigieron hacia la entrada.

—¡Abran! ¡Abran! — gritaba la señora Parizot dando grandes voces.

Luisa abrió la puerta y Adolfo, la señora

Parizot y tío Próspero, se quedaron mudos de susto al ver a las dos mujeres al lado de Pablo, sin que nada de particular pareciera que había sucedido.

—¡Hija mía! — dijo la señora Parizot.

—Perdón, señora... — dijo Luisa... — creo que lo mejor será que dejen solos a estos dos tórtolos. Créame. Vayanse, porque será peor que ella les eche. — Y diciendo esto les cerró la puerta en las narices.

Unas horas más tarde, Pablo abrazaba a Elyane y le decía:

—Y ahora, ¿eres dichosa?

—Sí, Pablo.

—¿Y nuestro pisito?

—Nuestro pisito será como tú quieras...

—¿Y niños?...

—Mira, tendremos... uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis...

—Para..., para... — dijo Pablo riendo... Como sigas así, tendré que estirar la campana de alarma.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

MATER DOLOROSA

ABEL GANCE, el competente y meritorio director, ha sabido crear este drama del amor maternal y presentárnoslo con un verismo irrefragable. **MATER DOLOROSA** es la tragedia de una madre que tiene que padecer cruel martirio por la incomprensión de su marido, por la pérdida de un amigo verdadero y sufrir horriblemente por creer que su hijo ha muerto. Todas las madres, todas las mujeres se sentirán fuertemente emocionadas por el patetismo de que ha sabido revestir a María, la **MATER DOLOROSA** del poema, la actriz

LINA NORA

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

BIBLIOTECA UTIL

YA ESTÁ A LA VENTA

Arte de embellecer

por la doctora

Inés Cotors (Fanny)

del
Instituto de Belleza de París

MASAJE - HIGIENE
BAÑOS - DEPILACIÓN
MANICURA - AFEITES
TINTES

UNA peseta tomo

Señorita!!

¿Quiere usted perfeccionarse en la difícil
tarea de

El arte culinario

No deje de pedir este tratado
antes de que se agote.

Contiene más de **200 fórmulas**
de platos succulentos y escogidos

PONCHES - COCTELES
POSTRES - HELADOS, etc.

Precio popular
UNA peseta

recopilación de
Dionisio Fernández Vidales
"Chef" del Maresme Hotel

PRECIOS A

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Se venden números sueltos y colecciones completas, previo
cunto del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Presupuesto gratis